

Santiago, 30 de Enero de 1975

Señor
Kai-Uwe von Hassel
Presidente de la Unión
Europea Demócrata Cristiana
Bonn.-

Estimado amigo:

Los bochornosos sucesos acaecidos recientemente en Lisboa con motivo de la inauguración del Congreso del Partido Social Demócrata de Centro y el vejámen inferido a destacados hombres de la Democracia Cristiana europea me mueven a manifestarle la solidaridad de los demócrata cristianos chilenos con Ud. y con los partidos hermanos de Europa frente a un atropello tan injusto como torpe.

Esos acontecimientos, sintomáticamente coincidentes con la triste experiencia que nos ha tocado vivir en Chile durante los últimos años, suscitan reflexiones que es nuestro deber exponer fraternalmente a nuestros camaradas europeos. Nos impulsa especialmente a hacerlo la esperanza que en nuestro ánimo suscita el intento de Portugal de darse un régimen político más libre y más justo después de casi medio siglo de una dictadura oscurantista.

Quienes en el mundo luchamos por la libertad y la justicia tenemos la obligación de aprender de la experiencia y de procurar ahorrar a nuestros pueblos la repetición de errores que ya la historia ha probado que son extraordinariamente costosos para la vida y el progreso de las grandes mayorías nacionales.

Sin duda, un proceso de cambios como el que Portugal ha iniciado enfrenta enormes amenazas desde la derecha, desde el campo del imperialismo y de las fuerzas conservadoras. Pero de los enemigos siempre hay que esperar lo peor y la clave de una política revolucionaria está -para decirlo en el lenguaje de las academias militares al que tanto acuden los estrategas revolucionarios- en tener siempre presente la correlación de fuerzas y en no arriesgar al pueblo en batallas decisivas que se saben perdidas de antemano. Los fracasos de las políticas revolucionarias o de los intentos progresistas

no pueden ser atribuidos siempre, ni exclusiva ni predominantemente, a la acción de los conservadores. Eso es falso las más de las veces. Muchos de los gobiernos y experiencias revolucionarias o progresistas caen a consecuencia de sus propios errores o víctimas del voluntarismo o el delirio extremista de las fuerzas políticas que los sustentan. La experiencia histórica de ayer y sobre todo la de hoy muestra una y otra vez que son esos errores la simiente y la argamaza con que los reaccionarios construyen su triunfo y su poder. Es a estas últimas realidades a las a las que quiero referirme:

1.- Las leyes inmutables del tránsito del capitalismo al socialismo.

Los Partidos Comunistas del mundo entero, fieles a la ortodoxia leninista, plantean que hay distintas vías para alcanzar el socialismo y que cada país, de acuerdo a sus peculiaridades nacionales, avanzará por un camino propio hacia la conquista de la sociedad sin clase. Esto los comunistas lo recalcan siempre. Pero conjuntamente -y esto lo recalcan menos- afirman que también existen "leyes universales que rigen el paso del capitalismo al socialismo". Así, los caminos hacia el socialismo pueden tener grandes diferencias (una "vía chilena" o una "vía portuguesa") pero esas particularidades no pueden llegar a cuestionar una misma base común, ciertas "leyes universales" que están presentes en todas las vías al socialismo, sin excepción. Entre esas leyes universales que la ortodoxia comunista afirma, la más importante es la dictadura del proletariado. Vale decir, para los comunistas no hay camino hacia el socialismo que no pase necesariamente por la dictadura del proletariado.

Todo esto es demasiado conocido y no vale la pena insistir en ello. Pero es indispensable recalcar las consecuencias prácticas de este criterio dogmático del Partido Comunista. Hay que insistir en esto una y mil veces, porque aquí está una de las claves de muchos de los más estruendosos fracasos que han experimentado los intentos de gobiernos progresistas por avanzar hacia la justicia y la libertad. En definitiva, este planteamiento del Partido Comunista hace imposible la colaboración de otras fuerzas en un proyecto de cambios sociales profundos. El objetivo programático de lograr la dictadura del proletariado como requisito indispensable de la transformación revolucionaria hace imposible la

colaboración con los socialdemócratas, con la democracia cristiana, con la Iglesia. ¿Qué demócratacristiano en el mundo podría prestar su colaboración para la instauración de un régimen político como el descrito por Solzhenitzin en Rusia o como el repudiado por Dubcek en Checoslovaquia? La socialdemocracia europea ha sostenido durante más de medio siglo una polémica contra esta tesis leninista ¿podrían colaborar Brandt o Soares en un proyecto socialista de la naturaleza del que proponen de manera excluyente los comunistas?

Cuando millones de proclamas y discursos del Partido Comunista llaman a la colaboración y a sunar esfuerzos en un proyecto revolucionario común no debe ni puede olvidarse lo que ese proyecto significa para sus patrocinantes: la dictadura del proletariado, planteada como ley de carácter universal que rige necesariamente el tránsito del capitalismo al socialismo. Este hecho se probó en la experiencia de Chile durante el Gobierno de Allende y se está probando cada vez más en la experiencia de Portugal de estos días.

De esta circunstancia deriva todavía otra consecuencia práctica, tanto o más negativa para los intentos de cambio que alientan los gobiernos progresistas.

La dictadura del proletariado como etapa indispensable para la construcción del socialismo es un objetivo utópico, cuya necesidad no puede fundarse racionalmente sino sólo en un acto de fé. ¿Quién podría demostrarme a mí, demócrata cristiano, que para construir el socialismo es necesaria previamente una dictadura a la que no se le conoce fecha de término y que hasta ahora se ha caracterizado, sin excepción, por una odiosa perversión de los ideales socialistas y del humanismo? ¿Quién podría demostrarme que es una ley universal que para llegar al socialismo debemos pasar por los crímenes de la dictadura de Stalin, que -grados más o menos- sigue siendo el único modelo conocido de dictadura del proletariado? Como esto es imposible, los sostenedores de esta "ley universal" acaban sacando el debate político de la discusión racional y lo encaminan cada vez más hacia una suerte de "canibalismo ideológico" donde imperan la irracionalidad

y la violencia. La argumentación y el debate ceden paso a la propaganda, a la agitación callejera y, en último término, a impedir por la fuerza la expresión de aquellos que discrepan, como es el caso específico de la provocación que origina esta carta. Al adversario se le deja de contra decir para descalificarlo como "facista", "traidor", "enemigo del pueblo". Así, a los social-demócratas se les llamó hace algunas décadas "social-facistas" y "social-traidores"; a nosotros, los demócrata-cristianos chilenos, se nos motejó de "facistas", sin perjuicio de que hoy los mismos que hace unos meses nos insultaban de esa manera, nos propongan formar parte de un "frente-antifacista". Hoy a Mario Soares se le trata de "derechista" y mañana, probablemente, de "traidor" o "facista".

2.- La "violencia revolucionaria".

Otro de los hechos más determinantes en el fracaso de las experiencias democráticas y progresistas lo ha constituido el desvarío extremista de los partidarios de la lucha armada.

En las dos últimas décadas y especialmente a partir del triunfo de Fidel Castro en Cuba - logrado bajo un programa liberal y por entero ajeno al Partido Comunista- se ha extendido por América Latina -pero también en grupos minoritarios de Europa- una expresión política del marxismo-leninismo que concibe la revolución sólo como resultado de la lucha armada.

A lo largo del tiempo y según las realidades de los países, esta lucha armada ha revestido distintas formas en América Latina. En naciones como Colombia, Venezuela, Perú, Guatemala o México, ella se inspiró en el modelo cubano de la guerra de guerrillas y en una ideología hecha de un marxismo biológico que exaltaba a la juventud estudiantil y al campesinado como los principales agentes de la revolución. En Uruguay revistió la forma de una guerrilla urbana y encontró su expresión política en el movimiento "Tupamaro". En Argentina, el caso más reciente, se ha manifestado en forma tanto o más grosera a través del terrorismo individual en el que compiten una organización nacionalista de izquierda y otra de inspiración trotskista. En Chile, bajo el gobierno de Allende, esta izquierda desvariada se orientó hacia la

repetición mecánica de la experiencia soviética, procurando la conquista del poder total mediante la creación de una dualidad de poderes que se resolviera a favor de los grupos marxistas a través de una insurrección exitosa.

Cualquiera que haya sido la táctica violentista empleada, el único resultado ha sido el fracaso y la involución del sistema hacia formas regresivas. En quince años de práctica de la violencia, la izquierda latinoamericana no ha obtenido un sólo éxito y únicamente ha contribuido a traer desgracias al pueblo. La acción de estos grupos extremistas sólo ha servido hasta ahora para nutrir el caudal político de las fuerzas más retardatarias del continente, para desacreditar el sistema político en beneficio del facismo, para que los reaccionarios encuentren excusa para destruir las organizaciones y las libertades del pueblo, para que el "terror blanco" se enseñoree de los países a través de organizaciones como la "M.A.M.O." guatemalteca o la "triple A" argentina o mediante el sobredimensionamiento de los aparatos policiales de los Estados. Si se juzga a la "violencia revolucionaria", no por sus intenciones ni por sus gestos románticos -que sin duda los ha tenido- sino por sus resultados, éste ha sido su balance en América Latina durante las dos últimas décadas.

Chile ha vivido como pocos esta trágica experiencia y ha pagado dolorosamente el desvarío de quienes hicieron de la exaltación de la violencia y del culto a los aparatos armados asunto de ostentación y propaganda. Ciertamente es que en esta materia no cabe al Partido Comunista chileno la primera responsabilidad, aún cuando su flexibilidad táctica le llevó en un momento inicial a mirar con tolerancia a los partidarios de la vía armada, afirmando que sobre estos problemas no cabía hacer cuestión de principios y que los revolucionarios deberían estar siempre en condiciones de saltar de una vía pacífica a la violenta y vice-versa. En una segunda instancia, el Partido Comunista chileno terminó aceptando las consignas de la dualidad de poderes y del poder popular y consecuentemente la idea de la insurrección. Pero la primera y la principal responsabilidad en este aspecto determinante del fracaso chileno le corresponde al partido del ex-Presidente Allende, al Partido Socialista, que en nuestro país nada tiene que ver con la social-democracia europea, sino que desde sus Congresos de 1965 y 1967 se pro-

nunció unánimemente por la vía armada como "la única vía que conduce a la toma del poder político y a su ulterior defensa y fortalecimiento". El P.S. y el M.I.R. encabezaron la prédica del enfrentamiento inevitable, de la necesidad de preparar un aparato armado para enfrentar al aparato armado de la dictadura de clase.

En medida importante los dolorosos hechos que motivan esta carta, es decir, los actos de violencia con que se impidió la realización de un congreso de un partido, son sin toma alarmante de la presencia en Portugal de una izquierda desvariada que acabará repitiendo errores que no sólo los pagan sus autores, sino principalmente la totalidad del pueblo. ¡No aprenden nada! Son capaces de derrochar ellos solos todo el capital de esperanzas de un ensayo renovador en orgías de palabras, en la exaltación de quiméricas luchas armadas que por supuesto -según también lo prueba la experiencia- no serán capaces de sostener llegada la hora decisiva.

Excúseme que me haya extendido en estas consideraciones. He creído importante formulárselas a Ud. y por su intermedio a los partidos demócrata cristianos de Europa, como una contribución que nosotros, por nuestra dolorosa experiencia, debemos a quienes luchan en otras partes por la libertad y la justicia.

Mientras más se vive y más se sufre, más cierta nos resulta la sentencia de que "solo la verdad nos hará libres". Nada de lo dicho en esta carta, por duro que parezca, corresponde a otro motivo que el respeto a la verdad de lo ocurrido en Chile, tal como la vemos. Si no somos capaces de mirar la verdad y decirla francamente, caeremos en un vano e ilusorio escapismo que solo puede generar nuevos fracasos y desengaños. Dios quiera que los dirigentes portugueses puedan superar los escollos aquí referidos, que en medida muy importante condicionarán el resultado de su empeño.

Reciba el cordial saludo de su camarada en los ideales demócrata cristianos y affmo. amigo

Patricio Aylwin
Presidente del Partido Demócrata Cristiano de Chile